



Capítulo 328: Sabrina está progresando.

Tianlong se giró perezosamente. Una joven, de unos dieciséis o diecisiete años, con el mismo cabello oscuro que Meilin, pero cortado corto y práctico, entró en la habitación. Vestida con ropa ajustada y funcional, irradiaba fuerza. Sus ojos se encontraron con los de Tianlong con puro desprecio.

Julia había estado entrenando en el patio y oyó el alboroto. Su madre le había ordenado que se marchara. Pero la curiosidad pudo más.

Ahora entendía por qué.

La escena era obscena.

—Julia —advirtió Meilin con voz aguda.

—¿Invitados? —Julia frunció los labios mientras se acercaba—. Los invitados no faltan al respeto a nuestra casa como... —señaló con gesto brusco a Tianlong y a las mujeres que lo seguían—. ¡Sea lo que sea esto!

Meilin hervía por dentro, con ganas de gritar. Ahora no. No con Sabrina mirando. El arretrato de Julia era una complicación.

Pero una útil: que Julia pusiera a prueba a ese hombre. Que viera cómo respondía. Que evaluara la amenaza.

Sabrina se interpuso con suavidad entre Julia y Tianlong. —Julia. Cállate.



Julia retrocedió, atónita. —¡Tú... cómo te atreves! —Su voz se quebró por la furia—. ¡Soy tu prima! No puedes simplemente...

—Puedo y lo hago —la voz de Sabrina se volvió plana, definitiva—. Siéntate. Cállate. O vete.

Ahí estaba otra vez. Sabrina defendiendo a este hombre. Por encima de la familia.

La mente de Meilin se aceleró. ¿Había calculado mal el clan principal? ¿Era Sabrina más inteligente de lo que pensaban? ¿O era este hombre quien le estaba manipulando la mente?

El rostro de Julia cambió de color: blanco, rojo, morado. Apretó los puños con fuerza. Tianlong pensó que podría haberle golpeado.

Entonces vio a Kai, que seguía escondido detrás de las piernas de Tianlong.

Sus ojos se agrandaron. «Espera. ¿Ese es...? ¿Kai? ¿Eres tú?».

El niño se estremeció; sus orejas de gato se aplastaron. «Eh... Hola, prima Julia».

«¿Prima?», Tianlong levantó las cejas. «Esta familia se vuelve cada vez más interesante».

Julia lo ignoró, centrada en Kai. «¿Qué haces aquí? ¿Dónde está tu hermana? ¿Yuki?».





Kai se puso rígido. Susurró: «Ella... está enferma. La tía dijo que contrajo una enfermedad y no puede moverse».

«¿La tía?», Julia se volvió bruscamente hacia Meilin. «Mamá dijo que Yuki estaba enferma. Quería visitarla, pero dijo que era demasiado contagiosa».

«Julia», interrumpió Meilin con frialdad. «Ya basta».

Maldita Julia y su corazón sangrante, demasiado apegada a los hijos de los sirvientes, tratándolos como iguales. Una debilidad que Meilin había intentado romper, pero algunos hábitos estaban muy arraigados.

Y esa debilidad ahora amenazaba sus planes.

Pero Tianlong se inclinó hacia adelante, con los codos sobre las rodillas, los ojos agudizándose con una intensidad que succionaba el aire de la habitación.

Sabrina también sintió el cambio: la forma en que Tianlong miraba a Meilin no era la mirada burda que ella esperaba. Era más aguda, como la de un depredador observando a un animal herido.

En contra de su voluntad, se encontró concentrada, muy concentrada, en el pulso de su Dominio Absoluto, en los destellos del rostro de su tía, en la tensión creciente como una tormenta que cobra fuerza.

Quizás, solo quizás, había más en ese bastardo pervertido de lo que ella había creído.





—Una enfermedad —dijo en voz baja, con tono suave—. Qué conveniente. Dime, Lady Meilin, ¿qué tipo de enfermedad deja a alguien paralizado pero no muerto?»..

La sonrisa de Meilin vaciló, tensándose en los bordes. «No soy sanadora. Solo transmito lo que me dicen».

Su corazón se aceleró, aunque su rostro permaneció tranquilo. ¿Cómo había...?

Nadie sabía lo de la parálisis. Se suponía que era un secreto.

Este hombre. Este maldito hombre. Estaba adivinando. Pero no. Tenía que saberlo.

—Interesante —la sonrisa de Tianlong se convirtió en una lenta y cómplice mueca—. Porque desde donde estoy, no parece tanto una enfermedad como más bien... —Dejó que el silencio se prolongara—. ...veneno.



La palabra cayó pesada y aguda.

Kai jadeó. Julia abrió mucho los ojos. La mano de Sabrina se dirigió a la espada que llevaba en la cadera.

La máscara de serenidad de Meilin se resquebrajó. Por un instante, algo oscuro y furioso brilló en sus ojos antes de que la sonrisa volviera a aparecer.

¿Cómo lo sabía?



La furia se extendió como un incendio forestal dentro de Meilin. Este hombre, insignificante e impotente en apariencia, estaba arruinando semanas de conspiración con total naturalidad. Qué descarado. Qué descarado.

Quería matarlo. Allí mismo.

Pero no podía. No con Sabrina mirando. No sin delatar su tapadera.

—¿Veneno? —rió, con una risa ligera y cruel—. Qué locura. ¿Por qué envenenar a una niña?

—No lo sé —dijo Tianlong en tono conversacional—. ¿Por qué envenenar a la hermana de un chico que sirve a alguien recientemente descalificado de una importante competición? —Su mirada se deslizó hacia Sabrina—. Alguien que, si fuera eliminado, dejaría a la familia vulnerable, dividida, débil.

A Sabrina se le heló la sangre. Todo encajaba. La descalificación. La citación de su madre. La misteriosa ausencia de su padre y su tío. Y ahora Yuki... envenenada.

No era casualidad. No era una coincidencia. Era un plan. Una trampa.

Y su tía estaba atrapada en medio.

Sabrina contuvo el aliento. «¿Crees que...?»

«Creo», dijo Tianlong, sin apartar los ojos de Meilin, «que las jugadas demasiado... convenientes del clan principal dejan poco lugar a dudas. Descalificarte. Llamar a tu madre. Hacer desaparecer a tu padre y a tu tío.



Es como si estuvieran acabando sistemáticamente con tu rama familiar, poco a poco».

Meilin respiró hondo, con los pensamientos revueltos. Un hombre peligroso. Especulando sin pruebas. Solo conjeturas descabelladas.

Pero salvable. Tenía que sobrevivir a esto.

Apretó los puños con fuerza en su regazo, pero su voz se mantuvo firme. «Tienes mucha imaginación, jovencito».

«¿Ah, sí?». El Dominio Absoluto de Tianlong pulsó hacia afuera, oprimiendo sus emociones. Sintió cómo la ira de Meilin aumentaba, apenas contenida tras una cara civilizada. «Entonces explícalo. ¿Por qué tú, la tercera más fuerte aquí, sigues en pie? Ilesa. Sin envenenar. ¿Sin tocar?».

El peso se abatió sobre Meilin como un maremoto. Su control vaciló y luego se hizo añicos.

«Porque soy cautelosa», espetó, sin rastro ya de dulzura. «A diferencia de mi estúpida hermana, iyo no me precipité a ciegas en todas las trampas! Me quedé aquí para proteger a la familia mientras ella...».

Se quedó paralizada.

Maldita sea.

La mente de Meilin gritaba. Se había descuidado. Había revelado demasiado. Este hombre la había obligado a revelar más de lo que pretendía.





¿Qué tipo de poder?

Los ojos de Sabrina se habían vuelto fríos como el hielo. —¿Mientras ella qué, tía Meilin?

El silencio invadió la habitación.

El mundo de Sabrina se tambaleó. Su tía. Su familia. Alguien en quien creía que podía confiar... y ahora...

Recordó las palabras que Tianlong había dicho antes sobre leer a las personas, comprender sus motivos. Las había descartado. Pero él tenía razón. En todo.

Ese bastardo pervertido tenía razón.

Julia miró a su madre y a Sabrina, con el miedo y la confusión luchando en su joven rostro. «¿Mamá? ¿Qué está pasando?».

Su voz era débil, asustada. Su actitud desafiante había desaparecido. Ahora era solo una niña, viendo cómo la mujer que la había criado se convertía en su enemiga.

Kai empezó a llorar en silencio, temblando. «¿La hermana Yuki... realmente envenenada? Pero la tía dijo...».

Meilin se levantó, recuperando la compostura como si se hubiera quitado una armadura. «Acusaciones ridículas. No voy a quedarme aquí para que me insulte un hombre que no sabe nada de los problemas de nuestra familia». Miró a Sabrina, con la dignidad herida nublándole el rostro. «Tu madre confió en mí para que me ocupara de las cosas. He servido con lealtad».





Incluso al ser descubierta, Meilin buscó una salida: negar, tergiversar, desestabilizar. Los hombres eran inestables, propensos a teorías descabelladas. Ella usaría eso para hacer que Sabrina dudara de sí misma, de esta extraña que había traído a casa.

«Entonces no te importará decirme dónde están mi padre y mi tío», dijo Sabrina, con una calma mortal. «Ahora mismo».

Meilin apretó la mandíbula con tanta fuerza que Tianlong pudo oírlo desde el otro lado de la habitación. —Ya te lo he dicho. El clan principal tiene espías. No puedo arriesgarme...

—Tonterías.

La palabra cortó como un latigazo.

Luego Akane: «Tonterías».

Sylvia: «Tonterías».

Xiang, con tono seco: «Tonterías».

Y, por último, Tianlong, recostado con esa sonrisa irritante al ver cómo su semen había sincronizado a todas sus esposas: «Tonterías».

La habitación se quedó en silencio, con todos los ojos muy abiertos ante el coro perfecto.





Los labios de Sabrina se crisparon dos veces.

«Sí», dijo, con las orejas de tigre aplastadas. «Tonterías».

Una calidez brilló en el pecho de Sabrina: solidaridad. Estas mujeres la respaldaban sin dudarlo. Y Tianlong había orquestado todo este enfrentamiento con una eficiencia despiadada.

Ella seguía pensando que era un perverso gilipollas. Pero quizá era uno útil.

«¿Eh? Pero aún no te he dado un creampie...». La mente de Tianlong daba vueltas al ver incluso a Sabrina con sus esposas y él.

«Buen progreso».

